

se entienden (1): los artículos, las partículas, todos los medios de aclarar el pensamiento, de indicar las relaciones de los términos, de unir las ideas en un cuerpo regular, todos los artificios de la razón y de la lógica se suprimen (2). La pasión ruga aquí como enorme bestia informe; surge y se agita en versos abruptos: no hay bárbaros más bárbaros. La feliz poesía de Homero se desarrolla en amplios relatos, en ricas y extensas imágenes. Jamás le parecen muchos todos los pormenores de una pintura completa; se complace en ver los objetos, se para á contemplarlos, goza de su belleza, los adorna de sobrenombres espléndidos; se parece á esas doncellas griegas que se encontrarían feas si no hiciesen brillar sobre sus brazos y sus hombros todas las monedas de oro de su bolsa y todos los tesoros de su cofrecillo; sus amplios versos cadenciosos ondulan y se despliegan como una túnica de púrpura á los rayos del sol jónico. Aquí manos toscas amontonan y estrujan las ideas en un metro reducido; si hay una especie de medida, no se guarda más que aproximadamente; por todo adorno eligen tres palabras que empiezan con la misma letra. Todo su afán es abreviar, condensar el pensamiento en una especie de clamor truncado (3). La energía de la impresión

(1) Los más hábiles entre los eruditos que saben el anglosajón reconocen la oscuridad de ese pensamiento. V. Turner, Conybeare, Thorpe, etc.

(2) Turner, III, 261. Nuestras traducciones, por literales que sean, falsean el texto: nuestra lengua es demasiado clara, demasiado lógica no se puede comprender esa forma extraordinaria de espíritu más que tomando un diccionario y descifrando durante quince días algunas páginas de anglo-sajón.

(3) Turner hace notar que la misma idea expresada en prosa y en verso por el rey Alfredo ocupa en el primer caso diez y seis palabras, y en el segundo siete. *History of the Anglo-Saxons*, III, 269.

interior que, no acertando á explayarse, se concentra y duplica acumulándose; la rudeza de la expresión exterior que, esclavizada á la energía y las sacudidas del sentimiento íntimo, no hace más que manifestarlo intacto y borroso á despecho y á expensas de toda regla y de toda belleza: he ahí los rasgos característicos de esa poesía, que serán también los rasgos característicos de la poesía siguiente.

VI

Una raza constituida así estaba completamente preparada para el cristianismo por su tristeza, por su aversión á la vida sensual y expansiva, por su inclinación á lo serio y á lo sublime. Cuando los hábitos sedentarios ofrecieron á su alma largos ocios, y disminuyeron el furor que alimentaba su religión mortífera, se inclinaron de suyo hacia una nueva fe. La vaga adoración de los poderes naturales que se combaten eternamente para destruirse, y renacen para combatirse, hacía mucho que había desaparecido en una oscura lontananza. La sociedad traía consigo, al formarse, la idea de la paz y la necesidad de la justicia, y los dioses guerreros palidecían en la imaginación de los hombres al mismo tiempo que las pasiones que los habían creado. Siglo y medio después de la conquista sajona (1) llegó, cantando letanias, una procesión de misioneros romanos que llevaban una

(1) 596-625. Ag. Thierry, I, 81; Beda, II, XII. Vale más seguir la traducción del rey Alfredo que el latín de Beda.

cruz de plata y un cuadro en donde estaba pintado el Cristo. El gran sacerdote de los nortumbrios declaró á poco que los dioses antiguos no tenían poder; confesó «que antes no comprendía nada de lo que adoraba», y él mismo, lanza en mano, fué el primero que derribó su templo. A su vez, se levantó en la asamblea un jefe, y dijo:

«Tú, rey, te acordarás quizá de una cosa que ocurre á veces en los días de invierno, cuando estás sentado á la mesa con tus condes y tus thanes. Tienes fuego encendido, y caliente tu estancia; fuera hay lluvia, nieve y tormenta. Viene entonces un pajarillo que atraviesa la estancia con rápido vuelo; ha entrado por una puerta y sale por otra. Ese breve rato, durante el cual está dentro, es dulce para él: no siente la lluvia ni el mal tiempo del invierno; pero ese rato es corto. El pájaro desaparece en un abrir y cerrar de ojos y vuelve á pasar al invierno. Tal me parece la vida de los hombres sobre la tierra, en comparación del tiempo incierto que existe más allá. Aparece por poco tiempo; pero ¿cuál es el tiempo que viene después y cuál el tiempo que hay antes? No lo sabemos. Por consiguiente, si esta nueva doctrina puede decirnos alguna cosa un poco más segura, merece que la sigamos.»

Esa inquietud, ese presentimiento del inmenso y oscuro más allá y esa grave elocuencia melancólica son el comienzo de la vida espiritual (1); no se encuentra nada semejante en los pueblos del Mediodía, naturalmente paganos y preocupados de la vida presente. Estos otros, completamente bárbaros, entran desde el primer instante en el cristianismo por la sola virtud

(1) V. Jouffroy: *Problème de la destinée humaine*.

de su temperamento y de su clima. Por brutales y obtusos que sean, aunque esclavos de supersticiones infantiles, y capaces, como el rey Canuto, de comprar por cien talentos de oro el brazo de San Agustín, á pesar de todo, tienen la idea de Dios. El gran Dios bíblico, ese Dios omnipotente y único que casi desaparece en la Edad Media (1), eclipsado por su corte y su familia, subiste en ellos, á pesar de las inocentes ó grotescas leyendas. No se realza á los santos con detrimento suyo, á fuerza de novelas piadosas, ni al Niño Jesús y á la Virgen á fuerza de ternuras femeninas. La grandiosidad y la severidad de ellos mismos los ponen á su nivel; no se sienten tentados, á ejemplo de los pueblos artistas y verbosos, á sustituir la religión con el cuento agradable ó bello. Por la sencillez y la energía de sus concepciones, se acercan más que ninguna raza de Europa al antiguo espíritu hebraico. El entusiasmo es su estado natural, y su nuevo Dios los llena de admiración, como sus dioses antiguos los penetraban de furia. Tienen himnos, verdaderas odas, que no son más que un cúmulo de exclamaciones. Ningún desarrollo: son incapaces de contener ni de explicar su pasión; su pasión estalla, todo son transportes al aspecto del Dios omnipotente. Aquí habla el corazón completamente solo, un gran corazón bárbaro. Cæmon, su más antiguo poeta (2), era, al decir de Beda, un hombre más ignorante que los demás, y que no sabía ninguna poesía; de modo que cuando en la sala le pasaban el arpa tenía que retirarse por no poder cantar como sus compañeros. Una

(1) Michelet, prólogo de *La Renaissance*; Didion, *Histoire de Dieu*.

(2) Hacia 680. Véase *Codex Exoniensis*, publicado por Thorpe.

vez que guardaba el establo durante la noche, se durmió; se le apareció un extraño pidiéndole que cantase alguna cosa, y se le ocurrieron las siguientes palabras: «Ahora alabaremos al guardián del reino celeste, y los consejos de su espíritu, ¡padre glorioso de los hombres!, como de todas las maravillas, ¡el eterno Señor!, sentó el principio. Primero, ¡el santo Creador!, formó el cielo como un techo para los hijos de los hombres. Después, ¡el guardián del género humano!, ¡el Señor eterno!, hizo la región de en medio, hizo la tierra para los hombres, ¡el soberano omnipotente!» Habiendo retenido ese canto al despertarse, fué á la ciudad, y le llevaron á presencia de los sabios y de la abadesa Hilda, quienes al oírle pensaron que había recibido un don del cielo, y le hicieron monje en la abadía. Allí pasaba su existencia, escuchando los pasajes de la Escritura que le explicaban en sajón, «rumiándolos como un animal puro y poniéndolos en versos dulcísimos». Así nace la verdadera poesía: estos hombres oran con toda la emoción de un alma nueva; adoran; están de rodillas; cuanto menos saben más sienten. Alguien ha dicho que el primero y el más sincero de los himnos es esta sola palabra: *¡oh!* No dicen ellos mucho más; no hacen más que repetir una y otra vez alguna expresión apasionada, profunda, con una vehemencia monótona. «¡Tú eres en el cielo nuestra ayuda y nuestro socorro resplandeciente de felicidad! ¡Todas las cosas se inclinan ante ti! ¡Ante la gloria de tu espíritu! ¡Llaman al Cristo con una sola voz!» Todos exclaman: «Tú eres santo, santo, rey de los ángeles del cielo, Señor nuestro, y tus juicios son justos y grandes: reinan eternamente dondequiera en la multitud de tus obras.» Se reconocen aquí los cantos de los antiguos servidores de Odino, ahora tonsurados

y envueltos en un sayal de monje. Su poesía sigue siendo la misma; piensan en Dios, como en Odino, mediante una serie de imágenes breves, acumuladas y apasionadas, que son como una serie de relámpagos; los himnos cristianos son continuación de los himnos paganos. Uno de esos hombres, Aldhelm, se había instalado en el puente de su ciudad, y repetía odas guerreras y profanas, á la vez que poesías religiosas, para atraer é instruir á los hombres de su tiempo. Podía hacerlo sin cambiar de tono. Hay un canto de funerales, en que habla la Muerte (uno de los últimos compuestos en sajón), que se halla impregnado de un cristianismo terrible, y al mismo tiempo parece salir de las más negras profundidades del *Edda*. El metro breve resuena bruscamente, golpe tras golpe, como el clamor de una campana. Parece que se oyen los sordos responsos que se propagan por la iglesia, mientras la lluvia azota las vidrieras empañadas, mientras las desgarradas nubes avanzan lúgubrementemente por el cielo, y los ojos, fijos en el pálido semblante del muerto, sienten de antemano el horror de la húmeda fosa donde van á arrojarle los vivos (1). «Para ti se edificó una casa antes de que nacieses; pasa ti se forjó un molde antes de que salieses de tu madre; no está marcada su altura, ni medida su profundidad; no habrá de cerrarse, por largo que sea el tiempo. Pronto te llevarán adonde has de permanecer; pronto te medirán á ti y á la tierra. Tu casa no es de alta armadura. No es alta, sino baja, cuando estás dentro. Bajo es el tabique de los pies. Los lados no son altos. El techo está muy cerca de tu pecho. Así habitarás en la tierra fría, oscura y negra, que ha de

(1) Conybeare's *Illustrations*, 622.

podrirse contigo. Sin puertas está esa casa, y sombría por dentro. Allí quedas bien guardado, y la muerte tiene la llave. Espantosa es esa casa de tierra, y horrible el habitar dentro. Allí habitarás, y te comerán los gusanos. Allí te dejan, y tú llamas á tus amigos. No tienes amigo que quiera ir contigo. ¿Quién se informará nunca de si te agrada esa casa? ¿Quién abrirá jamás la puerta para buscarte? Porque no tardas en ponerte horrible, y mirarte es espantoso.»

¿Encontró Jeremias Taylor una pintura más lúgubre? Las dos poesías religiosas, la cristiana y la pagana, se acercan tanto, que pueden fundir sus imágenes y sus leyendas. En la historia de Beowulfo, completamente pagana, Dios aparece como un Odino más poderoso y más sereno, y no se diferencia del otro sino como un bretwalda sedentario de un jefe de bandidos, aventurero y héroe. Los monstruos escandinavos, los Iotos enemigos de los Ases, no se han desvanecido; lo que hay es que descienden de Caín y de los gigantes ahogados por el diluvio (1); el infierno nuevo es casi el antiguo Nastrond, «mortalmente helado, lleno de águilas sangrientas y de serpientes pálidas»; y el formidable día del juicio final, en que todo ha de pulverizarse, para dejar su puesto á un mundo más puro, se parece á la destrucción final del Edda, á «ese crepúsculo de los dioses», que terminará en un renacimiento victorioso y en una eterna alegría «bajo un sol más bello».

Por esa conformidad natural, fueron capaces de hacer poemas religiosos que son verdaderos poemas:

(1) Kemble, t. 1, lib. 1, XII. En este capítulo ha reunido una multitud de rasgos que acusan la persistencia de la antigua mitología.

no se triunfa en las obras del espíritu sino por la sinceridad del sentimiento personal y original. Si esos hombres pueden narrar tragedias bíblicas, es porque tienen un alma trágica y semi-bíblica. Ponen en sus versos, como los antiguos profetas de Israel, su fiera vehemencia, sus mortíferos odios, su fanatismo y todos los estremecimientos de su carne y de su sangre. Uno de ellos, cuyo poema está mutilado, ha referido la historia de Judit: se verá con qué alientos: no hay como un bárbaro para presentar con toques tan enérgicos la orgía, el tumulto, el homicidio, la venganza y el combate:

«Entonces Holofernes se acaloró con el vino. En las salas de sus convidados prorrumpió en carcajadas y voces, aulló y rugió de tal manera, que los hijos de los hombres pudieron oír de lejos el clamor, la tempestad de gritos que lanzaba el terrible jefe excitado é inflamado por el vino. Las hondas copas pasaron muchas veces por detrás de los bancos. De modo que el hombre perverso, el feroz repartidor de riquezas, y sus hombres, se embriagaron durante todo el día, hasta que cayeron tendidos y borrachos, como si estuviesen muertos.»

Llegada la noche, manda que lleven á su tienda «á la virgen ilustre, á la joven brillante como una hada»; después, habiendo ido en su busca, se desploma beodo en medio de su lecho. Había llegado el momento propicio para «la hija del Creador, para la santa mujer».

«Asió al pagano fuertemente por el pelo; tiró de él hacia sí ignominiosamente, y el hombre malvado, el hombre odioso, quedó á merced de su voluntad. La mujer de trenzados cabellos hirió al enemigo detestable con la espada roja hasta que le cortó á medias el cue-